

# 1

Para los niños, de Zorro, Cowboy, Indio o Sankokán. Para las niñas, de Hada, Princesa, Primavera o Española. Esos eran los trajes de los años setenta. No la proliferación de disfraces de ahora, con ese enjambre de niños grotescos atrapados en monos peludos, corazas de plástico o monstruosos artilugios invasores que pondrían en peligro hasta el autocontrol de un asceta.

—Haz un artículo colorista sobre los disfraces de Carnaval de antes, el Carnaval de los niños que hoy tienen cuarenta años —dice Giovanna, mi redactora jefe.

—¿En Navidad?

—Sí, en Navidad —insiste ella, decidida a ignorar mi expresión pasmada y ligeramente asqueada. En apoyo me larga un sólido razonamiento—. Anteayer, mientras montábamos el árbol, mi sobrino quiso ponerse el traje de Carnaval y a los adultos nos dio por recordar los nuestros de

cuando éramos niños. ¿Ves como están relacionadas estas fiestas y los instantes de recuerdos y de dulce nostalgia? Así que he pensado que podría ser original escribir sobre los disfraces de hace treinta años.

Desde luego. Está uno ahí desmenuzando el *panettone* en el café con leche, hojeando el periódico local, leyendo un buen artículo sobre el Carnaval y de pronto o tiene la sensación de haber perdido dos meses de vida durmiendo profundamente o piensa que ha cogido por error el periódico de hace diez meses, que guardaba para la arena de los gatos. Luego descubre que no, que es esa periodista que debe de tener confeti en lugar de cerebro. Una buena idea, realmente.

El sobrinito es una de las variadas minas esparcidas por el territorio «Giovanna». Raramente se puede prever sobre qué tema me va a pedir que escriba pero, según lo que ocurra en su familia, pueden surgir arrebatos de lo más incoherentes. Cosa que en el fondo me divierte, lo admito, conjura el aburrimiento, aunque a menudo da un vago toque surrealista a las páginas de cultura y sociedad del periódico para el que escribo.

Me he pasado diez años labrándome el porvenir antes de llegar a la redacción de un diario, siempre como *free lance*, que no se diga que a una mujer en edad fértil se le ofrece un contrato por tiempo indefinido. También me he ganado una buena reputación profesional que, de hecho, arbitrarias cabriolas con el calendario de las fiestas no deberían comprometer, pero mi instinto se resiste siempre a aceptar con entusiasmo temas que parecen sacados al azar de un bombo de la lotería.

Con todo, mientras fuera se desmadra la caza al regalo, me concentro en los disfraces.

Por otra parte, yo soy la primera que ha crecido entre tradiciones contaminadas, convencida de que la piñata era una tradición de mi cumpleaños, en noviembre, y sintiéndome engañada y defraudada al descubrir que lo que era un símbolo personal pertenecía legítimamente al Carnaval.

Tal vez sea en parte por eso por lo que siento que tengo una cuenta pendiente con esta época desordenada y estúpida: daba vía libre a bromas odiosas que minaban mis días de colegio y tenía el poder de hacerme anhelar los rollos de serpentina, casi siempre pegados, por los que soplabas hasta hacer que te estallaran las orejas aun cuando la mayor parte de las veces solo salía un circulito de papel que, plof, caía al suelo delante de ti.

Disfrazarme, sin embargo, me gustaba, no sin ciertos problemas de identidad. Mi preferido era el de Princesa. No es que fuera una criatura frívola, en realidad, sino que un día me convertiría en reina, no tenía duda al respecto, un poco porque aquel abultado nombre, Margot, me lo imponía y otro poco porque no veía alternativas, aparte del de Hada, dada mi certeza de tener poderes mágicos. Pero estaba el de Zorro. El Zorro era mi héroe, se vestía de negro, era un tío cojonudo y luchaba para defender a los débiles de las injusticias.

Mi indecisión entre Princesa, Hada o Zorro siempre acababa en un astuto compromiso por el que me veía vestida de Princesa con poderes mágicos de Hada que en el fondo de los fondos también era Zorro, identidad secreta que nadie debía conocer.

El silogismo «Por lo tanto Zorro era una princesa» siempre lo he evitado.

Los recuerdos me dan la inspiración:

—Escribiré el artículo como un tema de primaria; por lo demás es sobre el Carnaval de los niños de hace treinta años, ¿quién quieres que lo lea?

Giovanna sacude la cabeza resignada.

—Deberías asistir a seminarios de automotivación, Margot. Si sobrevives a ellos, puedes enfrentarte con cualquier situación.

—Podría ser un tema para otro artículo.

—No me tientes.

En efecto, mejor que no, esta tarde necesito salir pronto, la doctora Rigobelli es inflexible con su agenda.

## 2

**D**iesel haría de todo con tal de no dejarse sacar del transportín cuando está sobre la mesa de la veterinaria pero, en contrapartida, enciende motores y aumenta su ronroneo a distancia.

La doctora Rigobelli se ríe, y yo le aseguro que es un gato rufián mientras abro la jaula y él, por no dejar nada sin intentar, la abraza.

— ¡Nunca me había pasado que un gato me abrazara así! — exclama sorprendida cuando Diesel le rodea el cuello con las patas y le restriega el hocico contra la barbilla, por supuesto ronroneando a un volumen altísimo.

Lo sé, siempre causa ese efecto. Tengo amigos que vienen a verme adrede. Es su diversión peculiar, repartir afecto con infinita generosidad; de haber nacido en los años setenta habría llenado de flores y pelo los cañones.

O para ser más realistas de flores y pelo vomitado, pero siempre con un espíritu *peace&love*.

La doctora lo coloca sobre la mesa y aprovecha para hacerle el reconocimiento mientras lo acaricia.

Desde hace un par de semanas se aísla y el otro día perdió el equilibrio mientras huía de mí por el cepillado de costumbre, pero mi alarma definitiva sonó cuando rechazó las caricias bajo el pescuezo.

—Efectivamente hay una tumefacción, aquí —sentencia con preocupación, palpándole la garganta.

Una tumefacción puede ser cualquier cosa, me advierte con un tono que no deja traslucir demasiado optimismo. Imagino el peor de los escenarios, porque me parece que si uno se prepara para lo peor solo puede tener gratas sorpresas.

Con diplomacia la veterinaria me explica que una biopsia sería demasiado invasiva, mejor proceder por exclusión partiendo de un control del tiroides.

—Si no es de tiroides podría ser también un nódulo linfático lo que le ocasionara los problemas de equilibrio, seguramente es neurológico.

Bien mirado, son términos bastante sencillos, pero cuando no has pasado años encima de los libros de medicina y esas palabras nos afectan, resultan crípticas como una traducción de latín.

—En resumen, si no es de tiroides es un tumor que está comprimiendo las terminaciones nerviosas de las patas posteriores —concluye.

Para mí es prioritario saber si siente dolor.

—Depende de qué entendamos por dolor, Margot. De momento no sufre físicamente, pero está desorientado,

siente inestabilidad en las patas, en el cuerpo. Siente que algo no funciona y está a disgusto. Le voy a recetar algo para el equilibrio, pero es un tratamiento suave, solo sirve hasta que tengamos un diagnóstico.

En casa preparo la primera dosis de medicamento y, mientras esperamos a que los gránulos se disuelvan en el agua, me tumbo en el sofá y lo sujeto a mi lado, su lugar preferido desde que tenía tres días. Cabía en una mano y avanzaba a tientas, la madre lo había dejado, empapado como ella, en el jardín de Gilda, la vieja de los gatos de via del Comercio, no lejos de mi casa, en Nervi, ya que aquí en Génova las viejas de los gatos se reparten las zonas, para asegurarse de que todos los gatos puedan emprender con tranquilidad la profesión liberal de vagabundo.

—Han debido de tirar la camada al mar —había pensado Gilda, sacudiendo la cabeza con amargura—. La mamá gata debió de tratar de recuperar a los otros pequeños y llevarlos a un lugar seguro, pero los gatos no tienen noción del tiempo y ya no volvió. Yo no sé destetarle, a ver si tú puedes hacer algo —había dicho, señalándome inequívocamente para que me convirtiera en la benefactora de aquel minino de orejas pegadas a la cabeza, ojos entrecerrados, cola flacucha y un temblor constante que solo se había aplacado entre mi cuello y mi hombro, el lugar que Diesel eligió como su refugio.

Destetar a un neogato significa darle el biberón cada tres horas, incluida la noche, masajearle la barriga después de cada toma, mantenerlo siempre caliente, a ser posible

en contacto con alguien, y, si no logra hacer sus necesidades, estimularlo con algo que sustituya eficazmente la lengua de mamá gata sin excederse con el parecido.

Aún recuerdo cuando me cubrió con sus primeros, líquidos, amarillentos y hediondos excrementos. Un acontecimiento: había conjurado la oclusión intestinal, el minino era autosuficiente, lo habíamos logrado.

Han pasado quince años desde aquel día y Diesel y yo somos un tándem.

Siempre he tenido animales, desde pequeña. Llevaba a casa pajaritos, palomas heridas y hasta renacuajos cuando podía jugar en el estanque del Parque de Nervi sin la vigilancia de mis padres. He salvado cachorros de perro abandonados en los contenedores de basura, ganado tortuguitas en el parque de atracciones y estudiado durante años con un hámster en el hombro o conejillos de Indias entre los libros, pero el primer gato que me encontré por la calle, aterrorizado por el tráfico y la lluvia, es el que me enseñó a ser selectiva.

Un felino rondando por casa significa la presencia constante de alguien que, dotado de libre albedrío, establece contigo una relación de igualdad y te considera suya en la medida en que tú le consideres tuyo, que te observa, te busca y te hace reír, que no te ama ciegamente, sino que escoge amarte porque considera que lo mereces, no solo por la marca de croquetas que le ofrezcas.

—No me la juegues, gato zalamero. No estoy preparada para prescindir de ti, ¿ok?

Nunca se está preparado para prescindir de quien es parte de nosotros, de nuestra vida, de nuestro espacio, de nuestro llanto.

### 3

No es cinismo, es sentido práctico. Aprecio el buen gusto de declararse cadáver antes de las cuatro de la tarde, una hora adecuada para hacer una veloz investigación sobre el difunto, un telefonazo para la tradicional colecta de lágrimas convencionales y alguna declaración al vuelo sobre el que se ha ido, a tiempo para la cena y el cine.

Digámoslo, es irritante cuando te enteras por una agencia de prensa de que alguien vagamente famoso — y para serlo en estos casos es suficiente con haber firmado más de tres autógrafos en los últimos años — ha dejado el mundo de los vivos pasadas las 18 horas, cuando tú estás allí, en la redacción, más que cumplida la jornada, y con la conciencia tranquila te vas alejando poco a poco hacia el centelleante mundo de tus asuntos.

La muerte, ya se sabe, es alimento de amplio consumo, tiene preferencia en primera plana y excita al lector medio

más que una ojeada al sexo de los vecinos, de ahí que, ante un cadáver, se disparen todas las alarmas, las prioridades jueguen al juego de las sillas y el orden se vaya momentáneamente al traste, a menudo junto con tu trabajo de toda la jornada.

He aquí el último y desagradable percance de Aldebrando Cardinelli, cincuenta y siete años, once libros y dos intentos de meterme la mano entre las piernas por el solo hecho de haberme concedido una entrevista previa a su nueva y más que previsible novela.

Lo han encontrado muerto en su casa, desnudo como un gusano, encadenado al radiador y molido a golpes. *Chapeau*, mi imaginación se ha visto superada por la realidad. O por algún menor a cuya grupa el acreditado escritor había intentado subirse por enésima vez.

Pero ahora nosotros los periodistas nos lanzaremos sobre sus despojos con la profesionalidad de un embalsamador, le extraeremos los asquerosos y hediondos líquidos orgánicos, le puliremos con cincel y formaldehído y vomitaremos sobre el público una criatura de aspecto agradable y honrosa memoria.

Hale, manos a la obra.

Giovanna decide que debo contactar al menos con un par de colegas locales del muerto. Opto por un conocido y anciano escritor, puestísimo en difuntos y con la lágrima pronta, y un joven autor de novelas en lenta aunque constante ascensión a quien nadie nunca ha leído. Puesto que tenemos su número en la redacción, no pierdo tiempo pensando en otro y le llamo.

Tengo la sensación de que él también considera a Cardinelli un personaje inmundo, a pesar de estar soltán-

dome un compendio de las mejores frases hechas en caso de muerte ajena, atribuyendo al difunto el papel de maestro de los colegas más jóvenes.

Esperaba algún detalle turbio, lo justo para colorear la grisura de los pésames al uso, pero respeta la obligada decencia impuesta por la situación. Lástima, estas son las ocasiones para sacar el mejor sarcasmo.

Al despedirnos me pregunta si puede mandarme un libro para una eventual reseña, sin compromiso, por supuesto, luego me da las gracias y se despide llamándome Macó.

Lo sé, no es culpa suya, soy yo la que lleva esta cruz de nombre extranjero, por culpa de mis orígenes franceses. Cuántas veces habré querido pedir que me llamaran Margherita, habría sido más fácil para todos, pero ve tú a explicárselo a mi padre, ¡renegar de la familia!, se ofenderían hasta los fantasmas de Bretaña, nunca jamás, debo «sentirme orgullosa de mi nombre», cómo no, sobre todo cuando pasaban lista en clase me sentía de lo más orgullosa, sin duda. Margot Martini, a caballo entre un espumoso y una chica de alterne años treinta. Una adolescencia durísima.

Escribo el artículo, lo entrego y corro al cine, donde llego con diez minutos de retraso, bastante jadeante, con el abrigo abierto y la bufanda enrollada de cualquier manera, excusándome con Mario alias Tormento —por su talante afable y despreocupado— y aduciendo la muerte imprevista de un escritor antes de ser silenciada.

—¡Te he esperado a la intemperie hasta ahora mismo!  
Mi novio siempre sabe recibirme con cariño.

Empieza la discusión porque al parecer no haberle avisado le ha impedido moralmente cruzar el umbral y esperarme del lado cubierto de la entrada que, me complazco en señalar, consiste en dos enormes puertas de cristal totalmente transparentes.

Hoy mi calvario es por los diez minutos de retraso. Mejor que la botella de cerveza que se me cayó al suelo el mes pasado y que motivó tres días de interrupción de relaciones. Cada ocasión es una incógnita.

En el lapso de unos segundos mi culpa se duplica y se agrava por no suplicar el perdón que debía preceder a cualquier otra palabra mía. Estoy segura de haberme disculpado nada más llegar pero el acuerdo es imposible.

—Si no te venía bien esta noche bastaba con decirlo, podría haberme organizado de otra manera, porque cosas que hacer no me faltan —puntualiza.

Perdemos el consabido tiempo en la consabida discusión absurda y el principio de la película, pero esto se convierte en un detalle irrelevante cuando él da por arruinada y concluida la velada.

Siempre ha descartado a priori esforzarse con su sentido de la medida y su perenne síndrome premenstrual no me concede tregua ni siquiera los cinco días al mes que me corresponderían por derecho.

Me dice adiós, el enésimo adiós para siempre, avisa que no me llamará más y se va.

Y yo me quedo allí, en silencio, ante la nada poco antes ocupada por él y su vocerío. Libero mi pelo cogido entre el cuello y la bufanda mientras observo su espalda alejarse; luego, por fin, me abrocho el abrigo y me dirijo hacia la *scooter*.

La periodicidad ocasional de estas escenas es de un aburrimiento ofensivo, como si yo no mereciese un poco más de esfuerzo, una chispa de originalidad. Nunca me ha sorprendido.

Pero tiene que llegar el día en que me canse de ser su pelele.

Eximio profesor universitario de matemáticas, con cátedra en París y Nueva York en su haber, este psicótico no tan disimulado pasa por momentos en que me ama con locura, insiste en que me case y le haga padre, exige constantes garantías sentimentales y, luego, por nada, se agarra a un pretexto, monta un melodrama, anuncia la ruptura definitiva e inapelable con énfasis teatral y por fin desaparece para volver tras un breve o mediano lapso de tiempo y seguir donde nos habíamos quedado.

Tres años de esta manera, hablando sola mientras vuelvo a casa después de perderme una película y desperdiciar una cena.

Contrariamente a todo sentido común no logro convencerme de que realmente sea así, es como si esperase que de un momento a otro el hechizo maligno fuera a desvanecerse y él se fuera a transformar en una persona decente.

Soy una cretina incurable. Tengo treinta y ocho años y varias historias fracasadas a mis espaldas, más o menos dolorosas, a veces encalladas en el banco de la rutina y la pérdida de los sentimientos, otras truncadas por traiciones, otras por elecciones diversas e incompatibles con vidas o expectativas. Un bagaje de experiencia que me ha roto los esquemas, confundiendo los sentimientos y obligándome a contemplar los matices como colores definidos.

Temo haber caído también en el círculo vicioso del indicio como respuesta, el que te lleva a olvidar la certidumbre de una elección por un determinado motivo y a buscar ese motivo en la consecuencia de dicha elección. No es ya decidir estar con una persona porque se la ama, sino pensar que se la ama puesto que aún se está con ella.

Un sentimiento de ineluctabilidad que te envuelve y te nubla la voluntad cuando te parece haber visto la salida.

Hace tres años sentí en el estómago un enjambre enloquecido de maripositas ebrias y elegí a este hombre por compañero porque supo hacerme reír una noche, mientras que una parte de mí me daba golpecitos en el hombro sin descanso, susurrándome al oído dudas y perplejidades.

Nunca le he dicho «Te quiero» porque nunca he estado segura de ello, no hasta el punto de declararlo. Sin embargo, haber continuado con una historia complicada y penosa durante todo este tiempo parece demostrar lo contrario. Parece, pero no lo sé. Es haber sido elegida lo que me liga a él de un modo enfermizo y aparentemente insoluble.

Entretanto, cambio el programa de la velada: casa, sofá, ensalada, Diesel y a lo mejor encuentro tiempo para escribir el artículo sobre la feria del capón, una excelencia gastronómica que merece un justo relieve en *Mare & Monti News*, el semanario local con el que colaboro cuando no estoy en la redacción del periódico.

La vida precaria te mantiene joven e impone aptitud para el trampantojo periodístico.